

Manuel López-Rey

Masas, Literatura y Política

III.—LA POLÍTICA

1. CONTENIDO DE LA POLÍTICA.—2. LA MATERIALIZACIÓN DE LA VIDA.—3. CAUSAS: *a)* LIBERALISMO; *b)* MARKISMO; *c)* CONCEPCIÓN NATURALÍSTICA DE LA VIDA.—4. RESULTADO: PÉRDIDA DEL SENTIDO DE RESPONSABILIDAD.—5. EL PASO A LAS DICTADURAS: *a)* LOS PARTIDOS DE MASAS; *b)* CAUDILLOS, CONDUCTORES, JEFES Y DIRIGENTES.—6. LAS DICTADURAS: *a)* ACENTUACIÓN BIO-NATURALÍSTICA DE LA VIDA; *b)* NACIONALISMO; *c)* ORDEN; *d)* LA DESAPARICIÓN DE LOS VALORES CULTURALES; *e)* SERVILISMO Y VILEZA.

1. El contenido actual de la Política no se reduce, ni mucho menos, a lo que durante mucho tiempo se consideró como esencia fundamental de la misma, es decir, la política interna y externa de un país, formas de gobierno, cuestiones dinásticas, coloniales, etc., y más subordinadamente la cuestión del orden público, todo ello, libre o muy poco influido por lo económico y social. La «cuestión social» empieza, sin embargo, a preocupar a los gobernantes, ya algo avanzada la segunda mitad del siglo XIX. Sus orígenes, pueden sumariamente señalarse en la conmoción político-social del año 1848, en el cual, Lassalle ve la iniciación de un nuevo período mundial caracterizado por elevar la idea moral de la clase obrera y por exaltar el princi-

pio del trabajo a la categoría de principio dominante en la sociedad. En febrero de dicho año, aparece el manifiesto comunista de Marx y Engels y a partir de entonces, lo social va cobrando juntamente con lo económico, dentro de la Política como ciencia y como arte, un volumen creciente. Los gobernantes, los parlamentos y los partidos ya no se enfrentan en sus tareas con lo estrictamente político sino también, y cada vez más, con lo económico, aspecto que con el aumento del industrialismo, de las comunicaciones y de una mayor competencia, adquiere categoría de primer plano. Esta «economización» de la política hace estallar, poco a poco, los llamados conflictos sociales: huelgas, sabotajes, intransigencias patronales, actuación de sindicatos de obreros y de patronos, etc., conflictos en los cuales si bien se plantean, a veces, cuestiones de seguros, retiros, sanidad e higiene del trabajo y otras análogas, lo fundamental y constante gira alrededor de los salarios, jornales y beneficios económicos.

Si nosotros comparamos las actas de sesiones de un Parlamento de hace cincuenta o sesenta años, con las de nuestros días, veremos una enorme diferencia de contenido entre las mismas. Es cierto que los hombres siguen debatiéndose hoy por lo estrictamente político y que antaño, también se preocuparon por lo económico pero en todo caso, lo social-económico: leyes del trabajo, tarifas y tasas aduaneras, ferrocarriles, aranceles, primas de protección y subsidio, monopolios, concesiones, etc., ocupa hoy en día un lugar absorbente por referirse a necesidades, a concepciones de la vida más imperiosas que las que pueden representar una simple concepción política de la misma.

La política actualmente, significa problemas y conflictos político-económico-sociales, en los que lo estrictamente político ocupa ya un lugar secundario. ¿Quiere esto decir que al aumentar de volumen, ha aumentado la complejidad y dificultad de la política y por tanto, la de ser político? La respuesta es

difícil de dar si tenemos en cuenta el profundo examen que la misma exige y que no se puede hacer en los estrechos límites de un ensayo, pero sí podemos decir que dicha complejidad es más bien aparente, pues en realidad lo sucedido no es que la política haya sufrido en sí misma una complicación, sino que ha experimentado la invasión de lo económico, invasión que ha provocado un desplazamiento de sus auténticos presupuestos o bases y así, hoy día, todo se contempla a través de un prisma económico, materializando todos los aspectos y fines políticos y sociales que quedan reducidos con frecuencia sino a cifras o cantidades sí, a conceptos equivalentes a los de ganancia, beneficio, ventaja, provecho o negocio, los cuales muestran una proclividad económico-materialista de la vida, cuando no, una total concepción económica de ésta.

¿Ha sido esto siempre así? Evidentemente lo económico ha preocupado siempre al hombre pero dicha preocupación no traspasó sus propios límites y nunca logró, como hoy acontece, modelar toda la vida del hombre. Con esta absorción, los problemas no se complican más pese a la apariencia de complejidad que la Economía suele mostrarnos pues una discusión sobre derechos individuales lo es mucho más y representa, incluso técnicamente, más dificultades y repercusiones que la de unos derechos aduaneros, la concesión de un monopolio o la elevación de tarifas de un ferrocarril. Lo que sucede es que estas cuestiones, simples en sí, se obscurecen y complican deliberadamente como consecuencia de los intereses y egoísmos que entran en juego, los cuales suelen ser menos puros que aquellos otros que análogamente pueden repercutir en una cuestión de derechos individuales o de alianza con una nación.

En todo caso, el ser hoy día político es más fácil y aun exige menos preparación, que hace cincuenta o sesenta años, salvo casos especiales. Esto no es deseable pero es así, como consecuencia de los actuales sistemas de representación y tén-gase en cuenta que esta crítica va dirigida a los representantes

de todas las clases sociales, especialmente a los de las llamadas superiores, pues éstas lejos de mejorar han perdido preparación y eficiencia. Actualmente el lograr la condición de político es más hacedero que nunca, lo difícil es lograr como tal una capacidad o conservar la que se tenía antes de serlo. La «profesión» de político más que ninguna otra ha sido «standardizada» como consecuencia de tener que ponerse al nivel, tan ínfimo, que representa una política de masas. Otro motivo, de dicha inferioridad, es la subordinación en que los políticos se encuentran respecto a sus propios partidos que no toleran personalidades ni iniciativas, antes más admisibles en los pequeños partidos. El sistema de comités o comisiones con sus deliberaciones y acuerdos de tipo mayoritario, representa un serio golpe en la pérdida de la calidad política. Es muy posible que en contra de nuestra opinión se arguya que el tipo medio del político ha mejorado y que el conjunto de los políticos representa una mediana aceptable y aun, buena. No lo creemos, por la sencilla razón de que toda la política actual es y se hace con referencia exclusiva a las masas con cuya psicología va bien lo intuitivo pero no lo inteligente—recordemos lo dicho sobre su psicología—y en segundo lugar, porque la vida no se ha hecho para ser regida por los tipos medios sino por los mejores y es evidente que éstos, rara vez, se encuentran entre las filas políticas y si caen en ellas, acaban por perecer y anularse.

2.—Desde el momento que lo económico moldea lo político se produce, además, una mayor difusión de la política en la vida diaria ya que ésta se halla impregnada o subordinada a dicho factor económico. En realidad, tal difusión, así como la «economización» de lo político, es consecuencia de la mayor preocupación económico-materialista de la vida de nuestros días, antes apuntada. En todo tiempo el hombre se ha ocupado de ganar dinero. Esto no es sólo psicológicamente correcto sino además fisiológicamente necesario dada la estructura económico-social del mundo, pero la gran diferencia está en

que, mientras en épocas anteriores, hasta bien entrado el siglo XIX y en algunos países hasta el último tercio del mismo, lo económico era sólo un aspecto importante de la vida pero no toda la vida, hasta el punto de estimarlo como medio para la satisfacción de fines superiores, hoy día sucede todo lo contrario y lo económico es, con terrible frecuencia, fin en sí mismo.

Una prueba de lo que se expone la tenemos en que hasta hace relativamente poco tiempo, el estado o profesión de comerciante, la más lucrativa de todas, era generalmente menos estimada que otras muchas profesiones u ocupaciones. En nuestros días, dicha menor valoración ha desaparecido casi totalmente, y mucho más en las llamadas clases superiores que en ninguna otra, como consecuencia del afán económico de nuestro tiempo.

La subestimación de la profesión de comerciante, así como de las relacionadas con ella, es remota y supone una consideración valorativa cultural, pues en dicha ocupación se vió siempre el ejercicio más simple y menos noble, de la inmensa actividad humana. En verdad, el comerciante es un simple intermediario y carece de labor creadora de modo que su función intelectual se reduce al *mínimum*. Una labor creadora se da, en mayor o menor medida, en el industrial y en el fabricante que en el ensayo e intento de nuevos métodos tienen algo de idealistas e incluso, se arruinan a veces en pos de una mayor perfección que si trae ventajas económicas, suele acarrear otras sociales y aun, culturales. El comerciante, el negociante, el banquero, el prestamista y otros análogos fueron, son y serán simples terceros que reciben de un lado para vender o negociar por el otro, aquello en cuya producción o creación no intervinieron ni colaboraron.

Actualmente con el auge de lo económico como criterio de vida, sólo quedan vestigios de tal subestimación, con frecuencia en las clases sociales más modestas. ¿Es justa o no

dicha desaparición subestimativa? Un demócrata superficial para el cual, el sentido de igualdad es confundido con el de identidad, dirá desde luego que sí, pero un demócrata reflexivo para el cual la democracia si bien representa un principio de igualdad, supone la existencia de jerarquías sociales y culturales, debe responder que tal desaparición es, cuando menos, consecuencia de un ambiente de mediocridad general, revelador de una gran pobreza espiritual. Para evitar torcidas interpretaciones de lo expuesto, diremos que al hablar así no pretendemos una preterición política del comerciante, negociante, prestamista, etc., sino simplemente que su profesión, a semejanza de otros oficios y menesteres, se halla sometida a una gradación valorativa que hoy día ha desaparecido para él totalmente, pretendiendo incluso, y lo que es peor lográndolo, colocarse por delante de un buen número de oficios. Igualdad y libertad de profesión suponen en principio, vía libre para todos en escoger la que se desee, pero esto solo y nada más. (1)

3. Si nosotros miramos a nuestros alrededor y reflexionamos un poco, veremos cómo el hombre concibe la vida actual casi exclusivamente, como un fenómeno económico-naturalístico. Si dicha concepción produjera, consecuentemente, un au-

(1) En todo caso la libertad de profesión debe tener un límite, si se quiere armonizar la libertad profesional con las ideas de rendimiento individual y social. Dicho límite, es el establecido por una consideración psicológica del trabajo que exige una previa aptitud para aquél que se desee ejercer. Sobre la repercusión política de dicha consideración, véase nuestro artículo, «Psicología del Trabajo» en *Acción Social*, n.º 92, septiembre 1940, Santiago de Chile. Respecto a la distinción entre igualdad e identidad, véase también Harold Laski, «La liberté», trad. francesa, Sirey, París, 1938, p. 10-11. En Chile, parece seguir esta distinción, Enrique Molina, «La revolución, los estudiantes y la democracia», Imp. Universitaria, Santiago, 1921 al decir: que la democracia no entraña ni con mucho la idea de igualdad absoluta... y que sin jerarquías sociales no hay orden social... la igualdad debe traducirse en igualdad de oportunidades».

mento de valores espirituales o morales, nada habría que decir, pero desgraciadamente el hombre de nuestra época se empobrece espiritualmente. Este empobrecimiento significa pérdida de sentido crítico, de valor cultural y que, mucho más que en pasadas épocas, cifre sus esperanzas en la política, aguardando un cambio total de sistema que le asegure con un «orden», una situación materialista mejor. De aquí, precisamente su mayor fe actual en aquélla. Mientras no hace aun demasiados años, el hombre confiaba en sí mismo para triunfar, hoy todo lo fía en una subversión política que «lo arregle todo y que con mano firme ponga orden en las cosas». Unos desean que esa política sea de izquierdas, otros de derechas, pero en todo caso, las masas faltas de fuerzas espirituales, en cuanto el individuo carece de ellas, creen que la política lo puede y lo da todo, a costa de los últimos renunciamentos. Y sin embargo, esta materialización de la vida lejos de facilitar ésta la ha hecho más dura e intolerante para todos, pues secadas las fuentes espirituales, el hombre se hace más áspero para sus semejantes.

Con ello, la finalidad de la vida se convierte en algo puramente material, de goce y satisfacción, de bienestar fisiológico y es «mejor» no el que más vale sino el que gana o tiene más. La idea del negocio, del «negocito», a base de todo y sin reparar en demasiadas exigencias morales, se encuentra latente en todas partes: conversaciones, proyectos y deseos. El ansia de dinero, de estar siempre mejor es tan impetuosa que, en términos generales, puede decirse que entre los hombres no se atiende a más diferencias que a las puramente económicas.

¿Quién puede ofrecer ese mayor bienestar? ¿Quién puede presentar los caminos más fáciles para el logro del mismo? Indudablemente la política, que no exige gran preparación y que está hecha de apetitos, de ideas bio-fisiológicas y absolutamente «economizada» a base de masas, de materias primas, de mercados y de grandes negocios. La política se presenta

hoy día con una «substancialidad», con una tangibilidad económica y en todo caso, ofrece a la psicología rudimentaria de las masas un tal aspecto de poder omnímodo que los hombres creen ciegamente en ella. Los grandes partidos ofrecen soluciones para *todo*, especialmente en lo material, en lo económico. Lo que haya de verdad en tales ofrecimientos, sus posibilidades de realización interesan ya mucho menos. Las masas, de psicología simplista, al verse requeridas en tal forma, creen más que nunca en la política.

La vida actual, tan naturalística, tan biológicamente concebida exalta los apetitos y los deseos y para ambos las promesas son vitales. Una promesa ante una persona reflexiva, aislada, es examinada y apenas si ejerce influencia, mientras que presentada a una masa, es ciegamente aceptada si la misma se adapta a sus apetencias y tendencias. Por eso, la política actual, tan mediocre, tan simple en cuanto ofrece salud, fuerza, superioridad, mayor bienestar y sometimiento o destrucción de unos y predominio intolerante de otros, a modo de un gigantesco específico, sin distinción de valores ni individualidades, ejerce la enorme atracción que todos vemos en las masas actuales.

Por su parte, el materialismo económico y sin piedad de la gran industria, de los grandes negocios y de las no menos grandiosas quiebras socava inevitablemente el espiritualismo del hombre y provoca una mayor incredulidad en los valores humanos. El resultado es, que la política, desde todas partes, para las masas grandes como para las pequeñas más o menos privilegiadas, representa la última carta en la cual puede jugarse todo y ganarlo todo. Así, el fascismo y el nazismo han sido apoyados en buena medida por el gran capitalismo, incluso por el que hoy en la City está a punto de perecer; así también, el comunismo se alía con sus enemigos. Sólo una «economización» de la vida hondamente enraizada puede explicar tales contubernios y la adhesión y sumisión masiva a ciertos

credos políticos y por ende, la aceptación unas veces fabulosa y otras como una esperanza, de las dictaduras.

¿Cómo se ha llegado a esta situación de miseria espiritual, de pérdida del propio sentido de responsabilidad y a éste auge de lo económico como más importante y casi único, valor? Brevemente examinaremos las tres causas que estimamos como fundamentales: liberalismo económico, marxismo y predominio excesivo de las ciencias naturales en la concepción de la vida y de sus fenómenos.

4. Hasta 1830, ya avanzada la primera fase de la industrialización de Europa, la organización social, política y económica de ésta seguía siendo principalmente la de finales del siglo XVIII. La sociedad era en su mayor parte agrícola lo cual si bien suponía una concepción de la vida políticamente conservadora, con las consiguientes limitaciones dejaba, sin embargo una gran amplitud a la individualidad espiritual humana.

a) Con el auge y predominio del industrialismo, el aspecto económico de la vida se transforma y la misma empieza a concebirse desde otros puntos de vista, especialmente, el mecanicista. A partir de entonces, el liberalismo se escinde en dos grandes ramas, una de tipo intelectual y continental y otra, económica e insular, inglesa. El predominio correspondió a ésta y así, después de la transformación industrial de Inglaterra, se opera bastante rápidamente, la del continente.

Se ha de observar que el liberalismo intelectual, no maquinista ni libre cambista, se mantiene más y mejor en los países que, como España, tenían entonces un marcado carácter agrícola. Esta observación tiene una gran importancia y es extensiva a otras naciones en análoga situación, pues, a nuestro juicio, si bien una sociedad agrícola es por esencia conservadora, el espíritu, el puro espíritu de personalidad, de individualidad, se conserva y florece en ella más y no porque el conservadurismo se ocupe de protegerle sino simplemente porque el

mismo, pese a la tradición y lentitud que representa, al no ocuparse de aquél gran cosa, deja mucho más independencia, más campo a la facultad creadora del hombre.

Con el libre cambio inglés como eje de la vida, se implanta una concepción de ésta según la cual se deja a cada uno arreglárselas como pueda, conforme a sus fuerzas, posibilidades y medios, con lo que el hombre, como valor, pierde categoría al sumirse él también en una libre concurrencia, base de una concepción del mundo y de la paz, todo visto a través de la idea de riqueza (1). El liberalismo económico es la consagración del egoísmo y supone ya el primer paso hacia un moldeamiento del hombre «economicus». Nosotros no vamos a examinar aquí las ventajas y desventajas de dicha forma de liberalismo, sino simplemente indicar su perjudicial concepción del mundo y de los hombres, influyendo grandemente en la psicología de éstos, haciéndoles creer que su felicidad y la de sus países dependía de la mayor riqueza que se tuviera. Esta, en realidad sólo fué cierta para unos cuantos pues si bien es verdad que el liberalismo mejoró los salarios no así las condiciones de trabajo, el cual quedó reducido a una mercancía. Desde entonces la mente del hombre quedó sometida a una visión económico-mecanicista del mundo y de la vida.

Pese a las críticas de que fué objeto, el liberalismo económico acabó por imponerse y sólo fué desbancado, y no totalmente, cuando nuevas doctrinas económicas le sustituyeron, tratando a su vez de dar una concepción crematística de la

(1) Recordemos que los libre-cambistas sostenían que el libre cambio al aumentar la riqueza de todos los países, apaciguaría las rivalidades de éstos y aseguraría, por tanto, la paz. Cobden fué el gran campeón de esta tesis pero tan pronto como los industriales satisficieron sus intereses personales, el programa universal del libre-cambio cesó automáticamente de interesarles y Cobden se vió abandonado. Tal defección no evitó que el virus económico siguiera actuando y moldeando la mente humana en todas las naciones.

vida. La concepción social del liberalismo, fué la de estimar sólo como «triunfante» al que había hecho fortuna (1).

Frente al liberalismo económico, surge en un intento de reemplazarlo y desde opuesta tendencia social, el socialismo de los Owen, Fourier, Cabet, Blanc, etc., cuyas variedades tienen todas un fundamento esencialmente económico si bien a veces, idealista. En contraposición al liberalismo exige una mejor consideración del obrero cuya tabla de derechos y reivindicaciones comienza ya a formularse. Pese a su idealismo utópico, es evidente la finalidad económico-materialista de dicho socialismo y, por tanto, si bien por caminos diferentes afianza aun más la psicología del hombre «economicus».

La reacción económica que supone este socialismo era perfectamente natural por parte de los de abajo. Nosotros, nos limitamos a señalar que la misma es el segundo paso hacia un reforzamiento de una concepción económica de la vida.

b) El tercer paso lo da el marxismo con el Manifiesto comunista, aparecido en 1848, que atrae por el momento, relativamente, poca atención. La primera internacional se celebra en 1864 y sus resultados no son nada prometedores. Sin embargo, el socialismo marxista comienza a extenderse desde 1870, especialmente en Alemania, y en 1889 se celebra la segunda internacional. La palabra comunismo, empleada por Marx y Engels, para distinguir su socialismo científico del socialismo utópico, cae en desuso y sólo muchos años después, volverá a ser recogida con mayor empuje y nuevas directrices.

(1) Indicaciones amplias sobre el liberalismo económico, para los no especialistas, pueden encontrarse en H. Laski, «El liberalismo europeo», traducido, y no muy bien, por la colección Fondo de Cultura Económica, México, 1939. Una síntesis muy buena sobre sus orígenes, tendencias, etc., hállase en Hayes, «A political and cultural history of modern Europe», Vol. II, New-York, 1936, p. 3-139 y en B. Russell, «Histoire des idées au XIX siècle», trad. francesa, 5.ª edición, Gallimard, Paris, 1938, p. 36-175.

El socialismo marxista sufre en su desenvolvimiento y aplicación diversas interpretaciones y aun divergencias, pero todas estas tendencias tienen como substratum, una concepción materialista de la historia y de la vida (1). En cuanto a la primera afirma que cada época se halla determinada por circunstancias económicas, respecto a la segunda, establece el concepto de lucha de clases a los solos efectos de una supremacía materialista. La finalidad es la transformación de la sociedad actual en otra, proletaria.

A partir de entonces, las grandes masas de obreros, modestos funcionarios, asalariados, grupos de intelectuales y otros, aceptan como norma de vida, como meta ideológica el más profundo y seco de los materialismos a través de la lucha de clases (2). Desde entonces también la vida espiritual comienza a declinar en cuanto todo ideal aparece subordinado a una configuración económica del mundo. Poco a poco los valores espirituales van cediendo el paso a un ideario que no tiene más finalidad que un bienestar material, previa una destrucción de clases.

Para rechazar las críticas que se le hacen, se dice por sus defensores, que un mayor bienestar supondrá una mayor expansión cultural, una más grande actividad del espíritu en cuanto el hombre vivirá mejor. Justamente, los hechos de-

(1) No es fácil, ni tampoco nuestra finalidad, hacer una distinción entre socialismo, marxismo y comunismo. La realidad española de los años inmediatamente anteriores a 1939, presentó tales distinciones, con otras menos perfiladas, cuyos límites no eran siempre claros. La cuestión se complica si tenemos en cuenta que actualmente se indentifica marxismo y comunismo, ufanándose éste de ser la auténtica doctrina marxista y rechazando el que los socialistas la representen. Nosotros en nuestro trabajo nos referimos al marxismo en estricto sentido, cuya encarnación es el comunismo actual.

(2) Es indudable que el socialismo ha supuesto y supone ventajas y progresos indudables materiales y aun sociales, pero en este ensayo nos limitamos a examinar sus repercusiones espirituales.

muestran lo contrario. En Alemania, sus millones de socialistas que indudablemente vivían mejor que los obreros de otros muchos países, han aceptado servilmente el nazismo lo cual prueba hasta dónde llegaba la independencia y fortaleza espiritual de la ideología marxista. En la U. R. S. S., después de veinte años de dictadura marxista, los obreros están sin duda mejor que antes en cuanto a zapatos, comida y a veces en habitación, pero espiritualmente—cultura y libertad de crítica—todos sabemos a qué atenernos, y ahí está la entelequia dogmática del trotskismo, mediante la cual se amenaza a todo el que pretenda pensar por su cuenta.

La lucha de clases como doctrina, como concepto rector de la vida—no olvidemos que lo político penetra hoy día en la familia por exigencias de la disciplina, interés del partido o dogma político—tiene un aspecto positivo y otro negativo. Los dos han influenciado e influyen enormemente en nuestros días la vida de los pueblos en sus sectores más numerosos, los que nada o poco tienen, y ambos, son los que rigen la vida de los mismos, incluso allí donde dicho principio no se ha impuesto o encuentra oposición.

Positivamente, encuadrando las fuerzas obreras hacia una lucha constante en busca del poder, con toda la complejidad de organizaciones, sindicatos y partidos, a más de las consabidas juventudes y milicias. Como consecuencia de todo este poder es evidente que ha conseguido para grandes sectores de masas, ventajas económicas y sociales.

Negativamente, el marxismo, asentado en su lucha de clases, ha demostrado carecer de la fuerza espiritual suficiente—las masas o el número lo tenía ya—para mover a éstas, dentro de su propio programa hacia la consecución de fines distintos a los puramente económicos.

En este sentido, y fuera de las mejoras en salarios, seguros, etc., conseguidas directa e indirectamente en todos los países y que aun siendo importantes no representan la médu-

la programática, el marxismo pese a sus esfuerzos, tiempo y organización, a veces impecable, no sólo no ha conseguido vencer al capitalismo, salvo en la U. R. S. S., sino tampoco realizar ninguna acción de envergadura contra las manifestaciones más poderosas del mismo, como son las guerras, cuyo fondo si bien se suele encubrir con patriotismo está, sin embargo, constituido por fines económicos o políticos, contrarios a los principios internacionalistas del marxismo. El fracaso en este punto es patente y las masas inmensas de proletarios organizadas en todos los países y dotadas de fuerza política no han servido para nada y es que las mismas, imbuídas materialísticamente han carecido de la fuerza espiritual suficiente para librar y ganar al capitalismo sus más grandes batallas y han ganado sólo, las de índole local, sin que estas minúsculas victorias, si tenemos en cuenta el fin del marxismo, hayan servido en nada, ni siquiera como táctica, para vencer en el terreno auténtico de los principios.

Así, en la primera guerra europea los millones de socialistas que existían en ambas partes fueron impotentes para evitarla o para crear a sus respectivos gobiernos ciertas dificultades. Todos, por el contrario y en virtud de un patriotismo que combatían, fueron a las trincheras. Más tarde, las mismas masas fueron impotentes para impedir la agresión totalitaria contra la República española. Las mismas mandaron socorros, ayuda económica y aun algunos voluntarios, pero dicho apoyo que ha sido y será siempre agradecido por los republicanos, es insignificante si tenemos en cuenta la presión que podían ejercer sobre sus gobiernos a fin de evitar una «no intervención», cuya génesis se encuentra en las callejas de la City. (1)

(1) De la ayuda soviética a España, es preferible no hablar. En todo caso dicha ayuda lejos de favorecer perjudicó a la República, fué suministrada cicateramente como consecuencia de bajas maquinaciones políticas de Moscú y fué totalmente pagada. Sobre la generosidad de dicha ayuda puede uno formarse idea si tenemos en cuenta la actitud stalinista

En 1933, las masas de socialistas y comunistas alemanes, unos doce millones, aceptaron la «legalidad» de Hitler y en definitiva, se han sometido a él disciplinada y sumisamente. Quien esto escribe ha presenciado la entrega de los millones de las Cajas Obreras a los representantes del N. S. D. A. P., que venía justamente de suprimir todas las libertades proletarias. Todavía más recientemente, Munich, Checoeslovaquia, Finlandia, etc., muestran hasta qué punto la incapacidad de reacción espiritual de las masas proletarias, era profunda. Dicha incapacidad, sólo tiene dos explicaciones: o bien obedecía a consignas internacionalistas, en cuyo caso, existe un imperialismo y oportunismo marxista tan indeseable como el calificado de capitalista o bien, que la materialización de las masas—sueldos, mejoras, régimen de trabajo, etc.—impedía que éstas en los momentos para ellas decisivos fueran totalmente impotentes para reaccionar, librando la verdadera batalla y ello pese, a los largos años de un predominio marxista y de una actuación a veces revolucionaria. En ambos supuestos el fracaso, es evidente.

A este materialismo marxista corresponde, paralelamente, otro no menos profundo y demoledor de las clases no proletarias, todavía bajo la influencia económica de un neo-liberalismo, de los grandes negocios, trusts, gran industria, y de la acción de un grupo de familias poderosas. Todo ello, aderezado en las clases de arriba y de abajo, por una educación positivista que crea una concepción bio-naturalística del mundo y del hombre.

Esta corriente anti-espiritualista, que circula por todos los sectores, es la que ha permitido la implantación del totalitarismo. El caso de Francia, sólo es explicable como consecuencia de dicha íntima descomposición espiritual y sería ingenuo atribuirlo a una actuación del Frente Popular. Este no es más

de negarse a acoger refugiados españoles. Esta negativa revela no sólo lo interesado de la repetida ayuda, sino la firmeza interna del régimen soviético que no es capaz de soportar elementos nuevos.

que una consecuencia de dicha concepción materialista, como lo han sido los posteriores gobiernos franceses, ocupados exclusivamente de la situación económica de Francia. La descomposición arranca de mucho más lejos y si el Tribunal de Riom quiere sinceramente hacer algo, lo primero que debe hacer es pedir su disolución y exigir una reeducación conforme a nuevos valores, que naturalmente no pueden ser suministrados por los mandatarios de Vichy.

Como vemos, lo económico fué primeramente un factor de descomposición en la alta burguesía a través de un liberalismo económico, cuyo virus se corrió a las clases inferiores y a la propia aristocracia. Más tarde, son las clases que nada poseen las que imponen por su parte, otra doctrina económica, el marxismo. Entre estos dos polos, unidos por una educación materialista que arranca, poco más o menos, de la iniciación industrial, se ha movido el pobre espíritu humano, desde hace ya más de cien años.

c) Dicha educación podemos sintetizarla así: Si nosotros lanzamos una mirada al pasado, veremos que a partir especialmente de la segunda década del siglo XIX, la idea que del mundo se forma el hombre, como consecuencia de la educación que recibe y del ambiente en que vive, es predominantemente naturalística. Por tal, hemos de entender aquella oposición o actitud intelectual que considera la vida humana y su esfera de relación, así como su finalidad, conforme a criterios biológicos, es decir, como un fenómeno natural en el cual, incluso lo espiritual, es explicado causalísticamente según criterios naturalistas. Esta actitud trae como consecuencia un desprecio por lo metafísico, por lo meramente especulativo y abstracto y un predominio neto de lo empírico, de lo utilitario y de todo lo que se pueda explicar causalmente.

Conforme a tal ideología, el amor, la amistad, la gratitud, etc., antes quizá demasiado deificados, y que representaban

valores netamente espirituales, reciben hoy día la consideración de tendencias, instintos o descos explicables biológicamente.

Actualmente cualquier persona, más o menos documentada, generalmente menos, lo que no impide que ella se imagine las cosas naturalísticamente, nos «hace» una explicación endocrinológica o psicoanalítica de cualquier sentimiento, vicio o perversión. Al proceder así, lejos de ganar, perdemos todos culturalmente. Perdemos, porque dichas explicaciones no significan en sí justificación valorativa espiritual o moral de ninguna clase, ya que los valores espirituales, aun influídos por lo natural, se mueven en esfera creadora independiente, sino porque además dichas explicaciones no son todas absolutas en sí mismas ni tampoco son generales. No son absolutas por sí mismas, porque una explicación endocrinológica debe estimarse coordinada a otras que tienen este carácter, es decir, que en el organismo humano hay una tal interdependencia que una sola parte del mismo no basta para explicar un fenómeno por mínimo que éste sea. Toda explicación es sólo relativa.

El psicoanálisis trata también de explicarnos toda nuestra vida psíquica a base de constelaciones, transposiciones, complejos, etc. Siendo verdad una buena parte de su contenido, su generalización ha sido culturalmente un tremendo error, pues las masas que no tienen sentido crítico, generalizan por simple impresión y también como consecuencia de su psicología primaria, lo que todavía no ha sido plenamente comprobado y lo que habiéndolo sido, sólo es válido en ciertos supuestos. El mayor reproche que se puede hacer a Freud y sus seguidores, es el de haber vulgarizado sistemáticamente lo que debió haber quedado todavía por algún tiempo en el recinto limitado de los especialistas, como con otras doctrinas ha sucedido y sucede.

Uno de los resultados de tal divulgación, y hablamos de nuestra experiencia de juez y penalista, ha sido el resquebrajamiento de la familia y del matrimonio. Bien sabemos que la crisis de una y otro, se debe a diversas causas pero no es me-

nos cierto que una de las más decisivas es la estimación moral-biológica que la educación y la política actual imprimen a dichas instituciones. La política apoyándose en la educación y en la crisis económica a que ha conducido la «economización» de la vida, asigna a la familia y al matrimonio un cometido racial o de número que les es impropio. El resultado es que, como consecuencia de dichos factores combinados, la gente más que casarse se aparea y se desaparea con gran facilidad. Con ello, la estabilidad y fijeza de la unión matrimonial—cualquiera que sea su forma—desaparece y con ella la institución se prostituye.

Esa falta de estabilidad, que trata de justificarse con las conocidas frases de general circulación: «igualdad de derechos», «vivir su vida», «incomprensión», etc., y cuyas raíces hay que ver en el ambiente y educación bio-materialista de nuestra época, repercute terriblemente en los hijos creando el problema de la infancia abandonada, tan típico de nuestra época, entendiéndolo por abandonada no sólo la que vaga por las calles sino la que vaga espiritualmente en multitud de pseudo hogares. Los hijos, sujetan actualmente infinitamente menos que antaño, cuando el padre a más de ganarse la vida era también educador de su prole. Hoy esto es más difícil y no especialmente porque la vida sea más dura, sino por una desconsideración del valor espiritual de la misma. El hogar es también concebido de una manera singular, como algo que puede ser hecho y deshecho sin menoscabo de nuestros valores espirituales y morales y así, la gente que al casarse hace unos cuantos años se preocupaba de tener su casa, su departamento, es decir su círculo de creación íntima, ahora se limita en infinitos casos a buscar una pensión y a esperar que las «cosas se arreglen» para más adelante fundar lo que debió serlo desde el primer momento, si se quiere que se tenga la debida consistencia espiritual. Esta, naturalmente, falta en una vida de pensión. Y es que la gente, juntamente con su incapacidad espiritual,

sufre de una prisa absurda que le impide aguardar un poco más, empezando así con el hogar propio, lazo de unión indispensable en el matrimonio.

Actualmente, si nosotros nos detenemos a reflexionar un poco y nos fijamos en la conducta y proceder de nuestros semejantes, sacaremos la conclusión de que la inmensa mayoría se comporta como si su estadía en la vida fuera algo de puro tránsito, algo así como de pasada, tras de la cual nada deba quedar como misión cumplida, aunque ésta sea modesta. Tal sensación de pasaje, hija del ambiente educacional, cultural y político bio-económico en que nos movemos, acrecienta a su vez el ansia de goce y destruye la noción de que todos debemos ser responsables de nuestro propio valor humano. Las gentes se conducen como si no estuvieran obligadas a una continuidad espiritual y así, se da el enorme contrasentido de que en la época de las asociaciones, de los grandes sindicatos y partidos políticos, el hombre se sienta espiritualmente más solo y más aislado que nunca, y es que tales formas asociativas, basadas en un puro concepto materialista, toman al hombre por su parte peor reduciendo al mínimo el ámbito espiritual del mismo.

5. El resultado último de toda ésta desvalorización humana, es la pérdida del sentido de responsabilidad, cuyas consecuencias ya estamos pagando. La gestación de dicha pérdida hay que verla no en el positivismo en sí, sino en el excesivo predominio que éste ha logrado, pues si bien teóricamente hoy no cabe hablar de una doctrina positivista y sí de un neopositivismo, lo cierto es que aquél, al propulsar tan magníficamente las ciencias naturales, polarizó y dirigió la vida del pensamiento humano por rumbos maravillosos de civilización, pero alejándola de los caminos de la auténtica cultura. El equilibrio entre las dos clases de disciplinas: naturales y culturales quedó roto en beneficio de las primeras y su exageración creciente nos, ha llevado a donde hoy nos encontramos: a una situación de liqui-

dación, que va a ser substituída por un biologismo todavía más materialista que su progenitor, el positivismo.

Los esfuerzos hechos por las doctrinas idealistas para liberarnos de esta hecatombe espiritual parecen muy lejanos de lograr el triunfo, pues el hombre actual está dispuesto a darlo todo espiritualmente a cambio de un nuevo orden que le garantice una mayor libertad de nutrición, de bienestar y le libere de todo lo que sea reflexión, autodirección y propia responsabilidad. Las doctrinas políticas totalitarias, incluido el comunismo, ofrecen todo esto y a ellas se lanzan todos en un ansia de ser dirigidos. Sólo esta apetencia de sumisión explica el éxito de los partidos de masas, de las milicias, falanges, escuadras, etc., donde todos y cada uno son simples números respecto a los mitos políticos de raza, imperio y proletariado. Nadie quiere ser responsable de sí mismo, ni ante sí mismo.

6. Los orígenes de las dictaduras hay que verlos pues en la compleja marcha destructora de los tres factores apuntados y no en las guerras como con frecuencia se dice. Es cierto que éstas, en los países vencidos, crean una psicología general de renunciación, propicia a su aceptación pero sin negar esta influencia hemos de tener en cuenta que existen países en los que la dictadura ha sido implantada sin que previamente existiera guerra alguna, como las de Primo de Rivera y de Franco. Rumania, engrandecida por los aliados, soportó la dictadura personal del ex Carol II, una de las más viles en los Balkanes. La de Hitler, tampoco puede decirse que tenga sus orígenes inmediatos en la derrota del 18. Es cierto, que ésta ha servido, propagandísticamente para imponerla, pero si tenemos en cuenta las doctrinas de Hitler y de Rosenberg, su sustantividad y antecedentes son anteriores a dicha catástrofe alemana. En Italia, la guerra fué una victoria y, sin embargo, el fascismo se impuso no como consecuencia de la misma sino de la honda descomposición e incompetencia del socialismo italiano, que provocó algo que ya venía gestándose desde largo tiempo: la

marcha, en coche-cama, sobre Roma. Como vemos, en muchos supuestos hay una guerra, ganada o perdida, pero ésta más que la causa es la puesta en marcha de todo el complejo de fuerzas que una descomposición materialista anterior ha creado.

Esta descomposición exige una coincidencia de factores que no se presentan aún, en la mayor parte de los países hispanoamericanos, carencia que hará se mantengan las diferencias entre la dictadura europea y la tiranía o semi-dictadura hispanoamericana.

La primera exige principalmente un ambiente cultural materialista de fondo económico y biológico que apenas se da en la inmensa mayoría de las repúblicas citadas en donde la industria, el comercio, lo económico en general a más de estar aún no muy desarrollado se encuentra en manos de extranjeros, lo cual políticamente tiene una gran importancia. En segundo lugar, las doctrinas biológicas de raza y superioridad no tienen apenas encaje por razones étnicas. Todo esto hace que lo político no tenga aún las características gregarias, programáticas y de disciplina de lo europeo ni siquiera en los Estados Unidos.

Sólo los países iberoamericanos, donde los partidos de masas existan y se hallen más imbuídos de una ideología materialista, cualquiera que sea su origen o matiz, presentan mayores probabilidades de que en el caso de una dictadura, ésta tienda a semejarse a las europeas, o sea, a absorber la vida total del individuo. En tal sentido Chile, Brasil y Argentina se hallan más abocados que el resto de las demás repúblicas en las cuales la dictadura sería mucho más personalista, es decir, tiranía, conservando todavía las líneas generales, tan conocidas de otras anteriores, si bien quizá afinadas pues no en balde también hay progreso para tiranías y dictaduras.

La tiranía centro y sudamericana, se caracteriza por su carencia programática pues las frases: «hombres nuevos», «vida y caminos nuevos y nuevos rumbos», etc.; tan manoseadas

no equivalen a programa alguno. Se trata de la imposición de uno, apoyado en un grupo, el cual concibe el país bajo una proyección del derecho de propiedad, característica que no se da en la dictadura europea. Esta, con ser desde luego más completa y si se quiere más elevada en cuanto tiene un sentido general finalista de misión o reconstrucción que no se da en la tiranía criolla, tiene sin embargo, el grave inconveniente de ser más sistemáticamente cruel e intolerante, deshumanizando al hombre mucho más que la tiranía iberoamericana.

a) Los partidos de masas son pues, el primer eslabón de la cadena que lleva a las dictaduras cualquiera que sea la ideología de los mismos. Su primera consecuencia es la de imponer un sentido exagerado de la disciplina que poco a poco se transforma en sumisión y luego en servidumbre. Otra consecuencia es la aparición del caudillo, jefe, conductor o dirigente. Y la última, la imposición del criterio de las mayorías—más o menos bien forjadas—y que es el más antidemocrático sistema que puede imponerse.

La posibilidad de tales partidos es sólo explicable en virtud de la pobreza espiritual de nuestro tiempo, ya señalada, que tanto ha permitido el desarrollo de lo instintivo y por lo tanto del ansia de poder, uno de los instintos primarios del hombre y que poseen las masas en grado sumo. Por eso, la política atrae tan fuertemente a éstas, porque cada vez es más rudimentaria y «más poder»: raza, imperio, lucha de clases y superioridad. Casi exclusivamente, Biología y Economía.

Lo deseable sería la desaparición de la política y que a fuerza de educación, la gente se convenciera que para ser demócrata, radical, etc., no es necesario afiliarse a ningún partido o sindicato de la misma manera que el hecho de preferir o sentir tal escuela de literatura, arte, poesía, etc., no instituye la obligación de inscribirse en ningún partido que represente las respectivas tendencias. Si esto no fuera posible, entonces profesionalizar técnicamente la política en un sistema de «nu-

merus clausus», constituido por representantes de las diversas ideologías políticas sentidas por todos pero no organizadas en partidos. Así, se formaría un grupo de hombres, muy limitado, responsables, capacitados y sin las pasiones y podredumbre de la política de todos los tiempos. Lo que no es admisible es el truco de las dictaduras, de suprimir todos los partidos para imponer, el partido único.

Los partidos de masas anulan la personalidad a través, principalmente, de los tres elementos siguientes: la disciplina, la consigna y el jefe o dirigente.

En principio, todos debemos ser partidarios de la disciplina pero de una disciplina orgánica, cuya finalidad sea la de mantener la cohesión necesaria en el funcionamiento normal de toda obra, institución o partido. Más allá de estos límites, la disciplina se transforma en servil sujeción que impide toda labor de fecunda crítica y progreso.

Los partidos políticos de masas, cualquiera que sea su tendencia, imponen una severa disciplina tendente más que nada a la anulación de la personalidad de sus miembros, a los cuales se les hace poco a poco aceptar la tesis de que el partido y sus fines, están por encima de todo, incluso de la familia, de las amistades, afectos y cariños. El partido se transforma así, en algo monstruoso que llena toda la vida del adherido.

La familia al ser políticamente invadida, ya débil en virtud de la concepción cultural que antes examinamos, se desmorona completamente como entidad independiente para convertirse en una célula política más. Justamente, esta expresión de pura raigambre biológica, tan repetida, muestra hasta qué punto es cierta la concepción biológica de la vida que nosotros criticamos. Todos lastimosamente, acabamos por ser simples células en esta pendiente animalizadora por la que descendemos. La familia, la amistad, al trabajo no escapan a éste poder penetrante de la célula que al injertarse cautelosamente, inicia inexorablemente un proceso espiritual de descomposición en aras del poder omní-

modo del partido político, uno de los mayores tiranos de nuestro tiempo.

Con la disciplina y como síntesis de la misma, marcha la consigna. Durante mucho tiempo el concepto clásico de la consigna tuvo su empleo casi exclusivamente en la vida militar. Hoy día, la consigna ha desbordado sus viejos límites y ha encontrado en la política una expansión brutal, al tener que ser aceptada dogmáticamente por los afiliados de los grandes partidos políticos.

La consigna política, más absorbente que la militar, tiende a abarcar toda la mentalidad del afiliado y aun del simpatizante, a quienes no se permite más que una ciega obediencia a la misma. Su finalidad es la destrucción de todo juicio crítico, evitando que las masas, de suyo ignorantes, conozcan lo más rudimentario o general del programa del partido. A veces, éste ha sido reducido a una serie de puntos, como sucede en el nacional-socialismo, que a modo de mandamientos deben ser creídos axiomáticamente. Algo análogo acontece con el comunismo-stalinista.

Prácticamente la consigna es el único pasto intelectual que se deja a las masas, las cuales conforme a ella tienen que actuar aunque lo que se les ordene hoy sea opuesto a lo que se les dijo ayer y se les dirá mañana. La forma de la consigna es muy variada, yendo desde la simple orden a la interpretación inesperada y contradictoria de un postulado político y pasando por el consabido «slogan» de «Proletarios de todos los países, uníos» y sus múltiples derivados para el consumo interno de los diversos países, o el no menos conocido de «Un pueblo, una raza, un dirigente» que monótonamente se repite en Alemania.

El poder anulador de la consigna respecto a la personalidad humana es enorme. Baste recordar como la misma ha hecho aceptar a las respectivas masas que antes se odiaban, la «amistad germano-soviética». La domesticación de las masas es tan perfecta, a base del martilleo de la consigna, que los afiliados,

después de una momentánea desorientación, han aceptado sumisamente y sin escudriñar, la referida amistad.

b) La existencia de conductores, jefes, caudillos y dirigentes es un fenómeno social y su aparición, como certeramente indica Sauer, que ha examinado este fenómeno sin referirse a las dictaduras, es consecuencia de la diferenciación y aun oposición, entre individuo y sociedad (1).

En todo tiempo y en todo país, y bajo no importa qué régimen, habrá siempre dirigentes y dirigidos, planteándose eternamente la cuestión de quienes deben ser los primeros y si los que lo son, son los que debían serlo.

Sauer distingue dos clases de dirigentes, el que realmente lo es, sin que debiera serlo y el que debiera serlo y sin embargo, no lo es. El primero significa la posesión del poder y en virtud de éste se suele imponer y si bien representa, a veces, la voluntad general, dicha representación es sólo momentánea. Es el conductor o dirigente del éxito, de la suerte y encarna en su persona la fuerza de la comunidad, a la que más que dirigir hacia un destino, dirige en la impetuosa corriente de la vida. Como vemos representa un sentido materialista del poder y de la existencia. Toda su actividad va dirigida, enderezada, hacia la obtención frecuente de un resultado que le haga ser sostenido por las masas, que conforme a su psicología elemental quieren siempre hechos tangibles y desde luego, felices.

El caudillo que debiera serlo, el predestinado, representa el mayor valor—culturalmente hablando—para la comunidad y su actuación en el caso, que a veces se da, de que debiendo ser dirigente lo sea, significaría la auténtica y total voluntad de dicha comunidad, cuyos más altos valores encarna.

La distinción entre ambas formas de dirigentes, como dice Sauer, no es tajante pues tanto el caudillo efectivo como el de-

(1) Véase, W. Sauer, «Gründlagen der Gesellschaft», Berlin-Grünwald, 1924, p. 211-224.

seado, deben poseer, el primero, una cierta calidad o categoría valorativa y el segundo, un determinado poder pues si así no fuera ni uno ni otro podrían ser y mantenerse como dirigentes. Por último, las cualidades de todo caudillo deben referirse a las cuatro funciones fundamentales de la vida políticamente considerada: Pensar, querer, actuar y crear.

Las consideraciones expuestas son aplicables a todo dirigente o caudillo cuya existencia es necesaria pero dentro de los límites de la propia función directiva y nada más. En una sociedad culta, donde cada uno sienta en sí el concepto de responsabilidad, el dirigente tiene un papel limitado y su actuación es meramente equilibradora, buscando dentro de la misma sociedad lo que falte para dicho equilibrio sin que haya de su parte absorción ni imposición pues cada uno es en realidad, dirigente de sí mismo. Por el contrario, en una sociedad de educación y ambiente bio-económico, el dirigente es una consecuencia imprescindible de ambos factores y trata de suplir por sí mismo, incluso a veces de buena fe, la incapacidad de todos y cada uno de dirigirse por sí mismos. Las masas, en este caso, sienten la necesidad de ser dirigidas, conducidas y el dirigente no sólo dirige sino que además absorbe y se impone.

El primer brote de tales dirigentes lo tenemos en los jefes de los grandes partidos, que casi siempre son los que no debían serlo y la más acabada expresión son los caudillos o conductores de pueblos, que a veces lo fueron antes de partidos. En todo caso, los de éstos precipitan la venida e imposición de los segundos pues la fuerza de las masas actúa a su vez, y éstas reclaman siempre un jefe más supremo, más absorbente que el que poseen. Este proceso nos explica el por qué masas socialistas y comunistas—Alemania e Italia—aceptan tesis tan opuestas como son el nazismo y el fascismo. Para disimular este servilismo, hijo de una terrible materialización de la vida, se habló por algunos de filtración marxista en las filas del nazismo y del fascismo. Si dicha filtración existió, hay que reconocer, dado

el tiempo transcurrido, que la misma en definitiva no ha servido para nada. El citado proceso de empobrecimiento espiritual explica también, a más de ciertos métodos de terror, la aceptación del zarismo comunista de Stalin (1).

Actualmente, el caudillo o conductor ha dado un paso más y la tesis de Sauer, a base de representación de la comunidad es sólo cierta en parte pues los que tratan hoy de manejar el mundo, a más de pretender moldear a pueblos distintos al suyo se titulan no representantes de éste en estricto sentido, sino de un concepto superior a dicho pueblo como es la raza, la idea de imperio o una finalidad económica, como es el comunismo. El caudillo es la encarnación de tales principios y además, su único intérprete.

El dirigente de nuestros días es omnipotente y su poder es mucho mayor que el que alcanzaron en ya remotas épocas ciertos reyes de origen divino o que lo eran por la gracia de Dios. La responsabilidad del caudillo es también menor que la de estos monarcas, frente a los cuales y pese a su absolutismo, era admisible incluso en buenos principios teológico-jurídicos, el regicidio, según la tesis del Padre Mariana que hizo escuela en su época y que no carecía de antecedentes. Hoy día, frente al Führer, Duce o Caudillo no se justifica nada, y su sola responsabilidad es la que puedan tener ante la Historia. Ni siquiera el Papa, ha llegado a reunir tan omnímodas facultades espirituales y materiales como las que actualmente concentran los dictadores en su manos. Para ellos, no hay límites y si su ideología no es aceptada, la fuerza viene a imponerla.

Por eso, al ser los dictadores la concreción humana del más inmenso poder político de dominación, son tan servilmente seguidos por muchos, admirados por otros y temidos por todos.

(1) Stalin ha falsificado el comunismo y ha creado para su uso personal la doctrina de un trotskismo enemigo y heterodoxo. Sobre dicho embaucamiento merece leerse, León Trotsky, «The Stalin School of falsification», Pioneer Publishers N. York, 1937, especialmente p. 89-160.

Poder y temor son, como sabemos, las dos tendencias innatas que el hombre ansía y siente más y la educación actual lejos de doblegarlas no hace más que reforzarlas y extenderlas. Los caudillos, jefes, conductores y dirigentes son en resumidas cuentas, y siempre, la expresión brutalizadora del poder político más materialista que el mundo ha conocido.

7. Las dictaduras suponen pues, la entronización de todo aquello que hay de peor o cuando menos de más inferior en la vida humana. El proceso de su instauración es como hemos visto bastante largo y no cabe achacarlas a causas inmediatas sino a la evolución lenta de una descomposición de la individualidad humana, de la cultura del hombre (1). Lo que hemos ganado en civilización lo hemos perdido en espíritu, en cultura, que significa fundamentalmente la facultad de poder dirigirse libre y críticamente. Por eso, las dictaduras, sin excepción, lo primero que hacen para «sanear la opinión», es aherrojar la vida espiritual imponiendo un sistema de prensa, de educación, de literatura, de pensamiento dirigido pues para ellas todo hombre pensante es un peligro, algo así como una infección.

a) Toda dictadura moderna, incluso la del ex rey Carol II tan ridícula y podrida, supone la acentuación bio-naturalística de la vida con sus doctrinas sobre la raza, la violencia y la afirmación de que hay pueblos absolutamente superiores a los otros.

La tesis de una raza aria, base del nazismo (2) supone la intromisión de un elemento biológico, es decir, naturalístico en la política. Antropológicamente, la existencia de una raza aria

(1) Pese a la afirmación, tan propagada, de que las dictaduras crean cultura, los espíritus libres no aceptan esto y ven en todas ellas el materialismo más desenfrenado, destructor de toda cultura. Domingo Melfi, en «Dictadura y Servidumbre», Edic. Atenea, Imp. Universitaria, Santiago, 1931, mantiene también análoga tesis a la del texto.

(2) En Italia la cuestión racista tiene menos importancia pero es también afirmada. Lo mismo acontece con Franco.

es indefinible pues hoy día no existen razas y sí sólo grupos étnicos de índole secundaria que desde luego no pueden pretender la pureza de sangre ni el predominio racístico sostenido por el nazismo (1).

Sin entrar a examinar aquí el fundamento de una raza aria, sólo reproduciremos la certera descripción de Huxley quien dice: «nuestros vecinos alemanes se han adjudicado como tipo teutónico el ser éste, rubio, íntegro, benigno y viril. Trazcamos ahora un cuadro del teutón típico tomando tales características de entre los más prominentes exponentes de la teoría racista. Así, éste será tan rubio e insensible como Hitler, de cabeza tan alargada y mentalmente probo como Rosenberg, tan alto y tan veraz como Goebbels, tan delgado y tan apacible como Goering y tan viril y tan íntegro como Streicher. ¿En cuánto se parecería este tipo al ideal germano?».

(1) Hitler en «Mein Kampf», trata el problema de la raza si bien con menos firmeza constructiva que otros puntos de su programa. Es más, admite la corrupción de la sangre alemana, al decir: «Desgraciadamente nuestra nacionalidad ya no es racialmente homogénea... pero quedan no contaminadas, aun grandes reservas del elemento nórdico que son las que es preciso salvar y conservar para llevarlas a una posición predominante...». Como vemos, lo de elemento nórdico es por demás vago. Esta posición inicial, ha sido superada después especialmente por Rosenberg, doctrinario del nazismo, hombre de gran habilidad dialéctica, en su libro «Der Mythos del XX Jahrhundert», que suscitó en Alemania, polémicas interesantes al atacar, fundándose en la sangre y otros factores, al cristianismo. Las refutaciones fueron publicadas en las hojas parroquiales, señaladamente de Baviera y fueron redactadas, en buena parte, por profesores alemanes anti-nazistas. La tesis de Rosenberg, ha sido muy bien examinada, en lo filosófico-histórico, por Scheid en «L'esprit du troisième Reich», Perrin, París, 1936. En lo biológico «ario» merece citarse la obra de Huxley, Haddon y C-Saunders, «We Europeans», Penguin Books, London, 1939. Ultimamente y a los efectos de propaganda Huxley, ha publicado un folleto con algunas partes de dicho libro, bajo el título: «Race in Europa», Oxford Pamphlets, 1940. En Alemania e Italia la raza ha sido objeto de protección penal, si bien mucho más en la primera que en la segunda.

¿Hay pueblos superiores a otros? La pregunta debe ser afirmativa si la superioridad se refiere sólo a ciertos aspectos culturales y negativa si con ella se quiere afirmar una mayor calidad biológica que comprenda a su vez, la superioridad cultural. En todo caso, la mayor calidad cultural de un pueblo es sólo transitoria, siendo desplazado por otro y así sucesivamente. Estas distinciones, fundamentales, son las que ignoran los totalitarios que pretenden una superioridad biológica absoluta y en virtud de ella, dirigir el mundo. Más que lo sanguíneo, es el ambiente el que moldea los tipos morfológicos y psicológicos, ayudado por otros elementos internos de mayor importancia que la «sangre aria» (1).

Otra de las afirmaciones de índole biológica del totalitarismo y sus imitadores, es la exaltación y el culto por la violencia. Según Mussolini, la violencia empleada para el bien común, cesa de serlo para ser una fuerza al servicio del Derecho. La guerra es símbolo de nobleza y el fascismo no cree en la posibilidad ni en la utilidad de la paz perpetua, rechazando el pacifismo que encubre una huida. La guerra lleva al máximo, todas las energías humanas e imprime una marca de nobleza a los pueblos que tienen el coraje de afrontarla. En 1939, en el vigésimo aniversario de los fascios, declaró que la paz perpetua es una catástrofe para la paz humana (2).

Hitler en su obra citada, declara que sólo en la fuerza reside el derecho a la posesión y que no hay que tener conside-

(1) La influencia del ambiente y de la educación en el moldeamiento de los tipos es reconocida por todos los libros de Sociología. Sobre este punto es interesante la afirmación de Gumpłowicz, «Grundriss del Soziologie» Verlag Wagner, Innsbruck, 1926 p. 172-179 según la cual, el tipo nacional es antes que nada un producto social.

(2) V. Benito Mussolini, en su artículo «Fascismo» de la Enc. italiana. También se encuentran confirmadas por él dichas ideas en la entrevista que celebró con Massis. Véase Henri Massis, «Chefs», Plon, París, p. 55-56.

ración alguna a las llamadas naciones oprimidas, no habiendo paz sin la dominación de una raza superior que es la raza aria. El Derecho, es el Derecho del más fuerte. El naciismo se opone al pacifismo puesto que es partidario de la fuerza, madre eterna del Derecho. La civilización se desarrolla necesariamente con la sangre. El Estado naciista impondrá una paz garantizada por la fuerza de su espada. Para lograr este «programa», ya en vías de realización, Hitler se ha preocupado durante siete años en crear una juventud fuerte, de mentalidad puramente biológica que causa admiración a los espíritus superficiales, de aumentar su armamento y de destruir la cultura.

En cuanto al comunismo, los discursos del vocero Molotoff y las agregaciones soviéticas a Polonia, Finlandia y a los estados bálticos, muestran también cumplidamente un fervoroso culto por la violencia.

Entre los tres países citados el adiestramiento de las juventudes es primordial para el logro de tan «culturales» fines. Dicha domesticación está hecha a base de una educación y de una política ultra materialista y biológica.

b) Un sentimiento de la propia nacionalidad es algo perfectamente admisible y aun necesario en ciertos supuestos históricos, pero un sentimiento nacionalista es ya algo netamente perjudicial y que conduce a ideas de selección, superioridad y auto-suficiencia que son origen de querellas, guerras y empobrecimiento espiritual.

Las gentes suelen confundir ambos conceptos que son, sin embargo, muy diferentes. El sentimiento nacional tiene un origen espontáneo, es sentido y practicado sin violencia alguna y supone la consciencia natural de una personalidad general, colectiva, derivada de la idea de nación. El nacionalismo es más que sentimiento, es una doctrina y como tal, experimenta las necesidades de adhesión, imposición y generalización. El nacionalismo quiere imponer su sello a todo, lo mismo a una teoría que a la construcción de una casa o a la consumación del ma-

rimonio; el sentimiento nacional, sin pretenderlo, puede hallarse en la especial modalidad de concebir la teoría, de construir la casa o en el modo de entender el matrimonio.

Lo nacional se halla insito en las cosas de una manera espontánea, mientras que el nacionalismo se halla siempre fuera de ellas e intenta someterlas. El sentimiento nacional genera un patriotismo tranquilo y comprensivo de todos los otros sentimientos nacionales, en tanto que el nacionalismo pretende una exclusividad y es intolerante o desdeñoso respecto a las otras naciones.

El nacionalismo actual, que trata de extenderse por todas partes y dominarnos, es esencialmente biológico a base de selección, violencia y superioridad física y no contento con falsear la historia, trata de construir la presente a fuerza de brutalidades. Las juventudes, la más fácil y terrible presa de las dictaduras se embriagan con el nacionalismo y se creen héroes por el hecho de perseguir a unos judíos que no se defenderán nunca, por ser indispensables para el manejo de vertiginosos aviones o para el descenso en paracaídas. Esta adoración por un nacionalismo biológico, contagioso de país a país aun para los no beligerantes, es el que tratan de hacernos pasar por heroísmo, olvidando que éste no es ceguera, intolerancia ni crueldad, sino serenidad y conciencia del sacrificio que se hace. Cuando toda una juventud siente, después de una preparación adecuada, ansias heroicas podemos decir que el mundo del espíritu está ya perdido para ellas pues las ansias debían serlo de una mejor comprensión cultural del mundo y de los hombres. Los jóvenes de nuestros días quieren hacer siempre algo «grande», confundiendo lamentablemente grande con grandeza. Son los servidores más fieles y ciegos del nacionalismo moderno, del cual se ha dicho con razón, que es el enemigo de las naciones.

c) Otro concepto biológicamente concebido en la política de nuestros días, tanto dentro como fuera de los países totalitarios, es el del orden. Esta configuración biológica del mismo logra su

perfección, naturalmente bajo las dictaduras. Quien esto escribe, ha vivido ese «orden» bajo varios regímenes de fuerza, en los cuales la noción armónica del verdadero orden, símbolo acabado de la convivencia humana se convierte en un concepto físico a base de opresión, vigilancia y delación.

Las gentes pudientes y las que ansían serlo—a veces peores que aquellas—se suelen pasmar ante el orden que reina en las dictaduras, arremetiendo contra las democracias en donde hay constantemente conflictos, exigencias y perturbaciones. Análoga actitud, pero referida a sus peculiares fines, toman los defensores de un orden marxista. Tales personas, confunden lamentablemente el vivir con el convivir. En las dictaduras se vive pero no se convive. Cuando varios peces dan infatigablemente vueltas y vueltas en una pecera, haciendo los mismos movimientos, viven; cuando se mueven en el agua corriente, libres, conviven. Lo primero acontece en las dictaduras y lo segundo en las democracias. Las primeras son la quietud, el sometimiento y una vida física y mental, igual y monótona, donde todo está reglado dentro de ciertos límites. En el «orden físico» tan alabado. Pero la vida es conflicto, contradicción y desigualdad y sobre todo, libertad de pensamiento y de acción dentro de los amplios límites de un respeto y consideración mutua. Lo deseable es que este proceso no sea demasiado descompasado y que haya siempre una convivencia, una relación de individuo a individuo, de grupo a grupo sin que todo pensamiento y acción, tenga que pasar antes por el tamiz de los órganos del estado totalitario.

El «orden físico» es pues un orden de índole biológica, cuya suprema expresión sería un mimetismo general y absoluto, donde todos hicieran los mismos movimientos y marcharan mansamente unos detrás de otros, temerosos de todo disturbio, de toda contradicción que espiritual y moralmente pudiera alterar las aguas tranquilas, aparentemente, de una vida igual, sin horizontes. El ideal del dictador, sería en este sentido que el mun-

do fuera una gigantesca pecera donde a lo mecánico de los movimientos, fuera unido indisolublemente la estrechez de una vida espiritual.

d) La marcha ascendente del materialismo, y todavía más, del totalitarismo, supone la desaparición rápida de una serie de valores culturales que el hombre había logrado edificar.

Las manifestaciones destructivas de los mismos, son principalmente las siguientes: intolerancia, inobservancia de la palabra dada, biologización de la justicia y deformación del concepto de voluntad.

En otras épocas, la intolerancia, especialmente la religiosa, movió también al mundo pero la misma a más de ser más espiritual, nunca fué tan cruel ni tan total como la que hoy día existe. La política de nuestros días se caracteriza en lo interno y externo por su falta de transigencia. El motivo hay que verlo en el concepto de superioridad que los pueblos y aun los partidos tienen de sí mismos. Quien se cree superior, no transige sino que trata de imponerse.

Las principales manifestaciones de dicha intolerancia, que trasciende naturalmente a la vida ordinaria, son la negación de los conceptos de igualdad, el castigo sistemático no sólo de lo que se ha hecho contra el régimen o partido sino de lo que se pudo o aun pensó hacer, en el moldeamiento de la opinión pública, en la persecución de las ideas religiosas pues hoy, como antaño el positivismo—con lo que se demuestra la perniciosa influencia de éste en lo espiritual—trátase de crear una religión naturalística o en otro caso, que la política sustituya completamente a la religión, y finalmente en la afirmación de que todo dirigente supone una dirección única e infalible. (Mussolini, Hitler, Stalin, Salazar, Franco, y en su tiempo Mustafá Kemal y Carol II).

La inobservancia de la palabra dada, es otro de los rasgos más acusados de nuestro tiempo tanto en la esfera privada como en la pública. Esta desaparición trata de explicarse por la ne-

cesidad que hay de ser «realista». Reconocemos que esta palabra de pura raíz materialista, nos deja perplejos pues ahora parece que la misma quiere decir, en fin de cuentas, hacer lo que a cada uno le venga en gana en tanto se sea lo suficientemente fuerte para ello. Ser realista es obrar no con arreglo a ciertas normas éticas o jurídicas, sino conforme a las circunstancias y en vista de la propia conveniencia, sin tener en cuenta si previamente hubo un compromiso que nos forzaba a una determinada conducta.

La vida diaria está llena de esta «concepción realista», que es todavía más visible en la política externa de ciertos estados. Si nosotros comparamos el número de pactos y acuerdos celebrados en los últimos años por iniciativa de los países totalitarios, veremos que su número supera comparativamente al de otras épocas y que ninguno de ellos, ha sido respetado ni cumplido por sus iniciadores. Los hechos han revelado que tales incumplimientos no han sido impuestos por una fuerza mayor, sino fríamente preconcebidos y «justificados» después por esa teoría realista. La pactomanía de los totalitarios a más de evidenciar su inmoralidad internacional ha destruído al Derecho de gentes y afirmado el principio de la fuerza. Los pactos eran simples añagazas. Por eso también, en la vida corriente es conveniente desconfiar de esos individuos que le dicen a uno: Yo, sabe Ud., soy realista. Ante ellos, es conveniente marcharse o por lo menos, ponerse muy en guardia.

La justicia es otro de los valores que tiende a desaparecer para dejar sitio a un concepto híbrido en el cual se concreta la política biológico-materialista de nuestra época. La justicia ya no es garantía sino instrumento político. En los países aun no totalitarios, su deformación es menos profunda que en aquéllos. En todo caso, en ambos la política con mayor o menor fuerza, se ha enseñoreado de ella.

Los campos de concentración, en sus múltiples formas, son la más acabada expresión de lo que se entiende por Justicia.

Las «purgas» periódicas es otro no menos conocido y las entidades policíacas de ciertos regímenes, los órganos de ejecución. Los tribunales funcionan en aquello que buenamente se les deja.

La deformación del concepto de voluntad, se logra por la propaganda, palabra compleja que encubre un «arte», a base de coacción, represalias y de terror sabiamente dosificado. El ejemplo más típico de esta deformación en lo político, son los plebiscitos que se «organizan», en contra de toda doctrina, después de que el caudillo o dirigente ha hecho lo que ha estimado conveniente. Lo mismo cabe decir respecto a esas elecciones que en la U.R.S.S. se celebran. En todos estos actos, la voluntad ha sido violada y lo peor, no es sólo que se exija un *si*, sino que además sea entusiasta y alegre. Verdaderamente la domesticación de las masas, es admirable.

e) El resultado de todo este ambiente que trata de invadir el mundo, partiendo de los estados totalitarios, es que nos hallamos en la época de mayor servilismo y vileza que el hombre ha conocido. Las gentes, sumidas en una política que llega hasta el dormitorio, son capaces de todo. Es cierto, que en otras épocas la política ha desunido familias pero nunca como ahora, con esta intransigencia y aspereza, con esta crueldad y rencor. En el fondo, todos se doblegan ante la promesa política de un reparto mejor, incluso si éste es a costa de otros pueblos con los cuales nada se tiene que ver.

Ese servilismo y vileza lo vemos también en la extensión que hoy día tiene la delación, que incluso se ensalza en los partidos de masas y en los regímenes dictatoriales, saltando por encima de amores, cariños y amistades. Actualmente antes que Dios, que el honor y la familia, está el partido. Por éste, todo es admisible y honorable. Marlio, relata el caso de un viejo general alemán denunciado por su nieto (1). En Italia acontece

(1) V. Louis Marlio, «Dictature ou liberté», Flammarion, París, 1940, p. 165. Personalmente pudiéramos citar también bastantes casos que hemos presenciado bajo diferentes dictaduras.

lo mismo y en la U.R. S.S., el «padrecito» Stalin ha glorificado como ejemplo heroico, el caso de un muchacho que denunció a su padre pero que éste mató por sí mismo al saber que su propio hijo era quien le entregaba a la policía.

IV.—CONSIDERACIÓN FINAL

Este ensayo no acaba con la exposición de una serie de fórmulas o de remedios, que indiquen el camino a seguir para una reconquista de la Libertad y de la Democracia, en las cuales, pese a todo, creemos. Su objeto fué más limitado, el de exponer cómo las masas actuales, sin distinción, como consecuencia de una educación y de un ambiente materialista, económico-biológico, se han ido, desde hace casi cien años, animalizando hasta ser perfectamente aptas para el servilismo de los grandes partidos y de las dictaduras, consecuencia natural de los mismos en muchas ocasiones (1). Quien sabe si éstas aumentarán aún, ya que el horizonte es demasiado negro para prometerse días mejores.

Para evidenciar dicha animalización, escogimos de un lado la Literatura, como más acabada expresión de lo espiritual y de lo reflexivamente creado y de otro, la Política, hoy más que nunca, expresión perfecta de lo más rudimentario y primitivo, el ansia de poder, concebido éste instintivamente: terror, dominación y superioridad biológica. Las masas, se alejan increíblemente de lo literario y se lanzan ciegamente, a la credulidad de lo político.

(1) Quien desee hallar orientación sobre tales remedios y fórmulas puede consultar el libro de Marlio antes citado, obra de Tchakhotine citado, p. 231 al final, y más especialmente, con una mayor técnica política y concreción, Arthur Liebert, «Der Liberalismus als Forderung, Gesinnung und Wetlanschauung», Verlag Rascher, Zurich, 1938. Por otra parte, sobre tales remedios la bibliografía es relativamente abundante, pues en muchas mentes se perfila y concreta ya, un movimiento de reacción contra el materialismo de nuestros días.

¿Remedios? Hay muchos y sería largo y enojoso el exponerlos. Quede ello para más propicia ocasión. Sólo queremos apuntar uno, el más largo y difícil pero quizá el más eficaz: la urgente necesidad de volver a una educación más espiritua- lista que la que hoy existe, en la mayoría de los países. Con frecuencia, oímos decir: Quiero dar a mis hijos una educación «práctica», entendiendo por tal, la total negligencia de aque- llos conocimientos que sirven al hombre para formarse una dig- na y libre opinión de sí mismo que le permita dirigirse y deci- dirse en los momentos decisivos que la vida, a todos, grandes y pequeños, nos presenta con más frecuencia de lo que la ac- tual educación práctica deja percibir. La vida no es sólo Bio- logía y Economía, es también y sobre todo, *Espíritu*.

Una educación positiva, naturalística es necesaria pero para salvar al hombre y que éste ocupe su auténtico rango, la mis- ma debe ser equilibrada con otra de índole espiritual: filosofía, historia, moral y las lecturas necesarias de simple especulación, que nos permitan volver a nosotros mismos. Yo sé que esto puede parecer ridículo y aun risible, ya que muchos que se creen superiores desprecian la educación humanista como algo inadecuado para los tiempos que corren. En realidad, dicha educación es justamente no sólo la más adecuada, sino también la necesaria. Sólo esta educación que se inició hace ya muchos años, pero que se perdió u obscureció, para dejar completo paso a la que hoy nos ahoga, puede evitar el dogmatismo materia- lista de la vida presente haciendo revivir en todos ese sentido de responsabilidad que he propugnado constantemente. El hombre, debe sentirse responsable de su propio valor cultural en la vida y sólo así será libre. Debe pensar, que aunque sea minúsculo debe dejar algo tras de sí, y no como héroe, sino simplemente como hombre, para los suyos, para su país.

La pérdida de dicho sentido de responsabilidad, en el actual hombre económico nos lleva al fracaso como seres humanos y al ser- vilismo y a la vileza, al transformarnos en meros seres vivientes.